



EL TOREO

SE PUBLICA TODOS LOS LUNES

SE SUSCRIBE

En las principales librerías de España, ó dirigiéndose directamente al Administrador de este periódico, calle del Espíritu Santo, 13.—Madrid.
Teléfono núm. 1.019.

PRECIOS DE SUSCRIPCION (NO SE ADMITEN LIBRANZAS DE PRENSA)

| MADRID Y PROVINCIAS. | EXTRANJERO. | ULTRAMAR. |
|---------------------------|---------------------------|-------------------------|
| Trimestre..... 2 pesetas. | Trimestre..... 5 francos. | Trimestre..... 1 pesos. |
| Un año..... 8 » | Un año..... 15 » | Año..... 3 » |

NÚMEROS ATRASADOS

Del año corriente, cualquiera que sea su fecha. 25 cénts.
De años anteriores..... 50 »
Teléfono núm. 1.019.

AÑO XVI.

Madrid.—Lunes 30 de Diciembre de 1889.

NÚM. 811.

ADVERTENCIA.

Recordamos á los Sres. Suscriptores cuyo abono ha terminado ya ó concluye en fin del mes corriente, que esta Administración no sirve más suscripciones que las que se encuentran corrientes en sus pagos.

EL AÑO QUE SE VÁ.

Dentro de pocas horas nos habrá dejado definitivamente.

Así lo anuncian y prègonan las últimas hojas de los bloques de los almanaques de pared que se ostentan en el despacho del potentado banquero, en el tocador de la aristocrática dama, en el comedor del modesto empleado, y hasta en el tugurio en que apenas si puede rebullirse y guarecerse de la intemperie lo que han dado en llamar clases desacomodadas determinado número de personalidades, debiendo llamarlas verdaderamente clases desheredadas.

¡Y qué postrimerías ha tenido!

El *trancazo*.

Que desde las heladas zonas del Norte de Rusia hasta los países meridionales se ha dejado sentir de una manera aterradora, como no registran otra igual los anales de la medicina.

El cólera morbo, la fiebre amarilla, el tífus y otras enfermedades infecciosas, al hacer su apari-

ción, lo efectúan en una zona determinada, y su desarrollo á las próximas va efectuándose con menos rapidez y á veces con menos intensidad.

Pero el *trancazo*, la despedida, llamémoslo así, del año próximo á terminar, se ha desarrollado y propagado con la vertiginosa rapidez del relámpago, y lo ha invadido todo, y no ha respetado clases, ni sexos, ni edades.

No hay población de Europa donde no esté enseñoreado, y, lo que es peor aún, causando un número de bajas tal, que tiene atemorizado á todo el mundo.

Las oficinas del Estado, las de las grandes sociedades, los talleres y cuantos centros tiene la producción, todos se encuentran sin el personal suficiente para poder dar cima á sus trabajos del día.

No hay un individuo, un solo individuo que no tenga en su familia casi tantos casos como personalidades la componen.

Y si el tal *trancazo* fuera lo benigno que se dijo en un principio, pase; pero tal como se ha desarrollado y como terminan muchos de los que le sufren, causa espanto.

La cifra que de algunos días á esta parte acusa la mortalidad diaria de Madrid y otras grandes ciudades, descorazonan al varón de ánimo más esforzado.

Y es que el *trancazo* viene á ser como el precursor de la pulmonía aguda, de esa pulmonía de la que pocos se salvan, y contra la que no tiene la medicina remedio.

Tal vez será esto consecuencia del descuido con que miran la enfermedad los que de ella se encuentran convalecientes, pero también es muy digno de notarse que es mayor el número de las víctimas que produce en las clases acomodadas que en las menesterosas, á las que suele faltar con demasiada frecuencia el alimento necesario ó una manta con que envolver sus ateridos miembros y

hasta la asistencia facultativa, y eso que para ellas se han levantado hospitales, asilos y casas de socorro, á donde no van á parar sino cuando ya el mal no tiene remedio.

Este es el recuerdo más saliente que nos lega el año próximo á terminar, recuerdo tan triste, que hace olvidemos por hoy nuestra misión de críticos taurinos.

Quiera Dios que el año venidero sea más saludable á todos nuestros lectores, y no tengamos que consignar notas tan fatídicas como las que hoy apuntamos en este número al despedir el año que se va.

MEJICO.

DESTRUCCION DE LA PLAZA DEL PASEO!

De nuestro apreciable colega local *El Arte de la Lidia*, tomamos la siguiente reseña, por la que verán nuestros lectores que las mismas causas dan los mismos efectos en todas partes.

I.

El último domingo fué un día aciago para los aficionados á la diversión de los toros, y de gran contento para los que buscan pretextos que tiendan á su desprestigio.

La indignación del público, muchas veces contenida ante los abusos de las empresas y de las cuadrillas, rebasó los límites de la paciencia, y se manifestó imponente y formidable.

Causa pena tener que ocuparse de esas escenas violentas, que pudieran dar una triste idea de nuestro público, si no se tuviera en cuenta, para disculparlas, el sentimiento muy natural en el hombre de no tolerar que se le convierta en objeto de burlas.

Así pues, aunque nuestro pueblo por excelencia es sufrido; aunque permite muchas veces que se alteren los programas, que no se cumpla lo que se le ofrece, que se le den bueyes de carreta como toros de lidia, y mamarrachos de taleguilla como toreros de profesión, también es cierto, que cuando el abuso toma caracteres más pronunciados, olvida su índole pacífica, su natural complacencia, y hace una como la del domingo, de *pópulo bárbaro*.

Los hechos narrados con la imparcialidad que nos caracteriza, y tomados minuciosamente en el teatro de los acontecimientos, fueron de la siguiente manera:

II.

Anuncióse con algunos días de anticipación el beneficio del espada Manuel Hermosilla, con seis toros escogidos de la ganadería de Nopalapam.

En los programas de mano se leía que el beneficiado los había elegido personalmente, pero la afición desconfiaba mucho del éxito del ganado. Los toros de Nopalapam que han pisado nuestros redondeles no se han hecho, por cierto, notables por su buen juego.

Además había otra circunstancia; aquella ganadería está ubicada en lo que llamamos tierra caliente, y como en esta capital se ha iniciado el invierno con un rigor inusitado, excepcional, es natural que las reses se resintieran en sus facultades con un cambio tan completo y tan brusco de clima.

Estas causas resfriaron algo á los aficionados, y, no obstante, el departamento de sol se llenó casi por completo, y en el de sombra eran cortos los vacíos.

A las tres y tres cuartos se presentó en escena el Regidor Sr. Lic. Alberto Arellano, y la cuadrilla incontinenti hizo sus paseos y saludos.

Salió el primer toro... ¡qué toro!... prieto, chico de alzada, flaco y corniabierto. La cuadrilla comenzó á hacer esfuerzos por lidiarlo, y los picadores á ponerle el caballo al alcance de las astas, buscándolo en todas partes. Vanos esfuerzos; sólo tomó una vara de Cantaritos, arrancándose de lejos. El buey volvió al corral.

Y pisó la arena el segundo: con las mismas señas que su hermano, pero con el agregado de una cornamenta infernal, alta y apretada. Al verlo huir de los caballos y de las capas, era fácil comprender ya le que se seguiría; ¿si los primeros toros eran así, cómo serían los restantes?

El animalito tomó dos varas muy flojas á fuerza de acosarlo, llevándose en una la garrocha del Albañil; después comenzó á huir hasta de su misma sombra y se dió la orden de lazo.

Y apareció el tercero: un rumor sordo y amenazador acogió su presencia; el bicho era más flaco y más chico que sus antecesores y aquello comenzaba á hacerse insoportable. Cantaritos y el Albañil le arrimaron los caballos, y sólo le hicieron recibir dos puyazos, rebrincando.

La gritería comenzó entonces con fuerza, el presidente ordenó que se fogueara al bicho, y Cortés y el Pollo se encargaron de cumplir la orden; pero ¿cómo hacerlo, si el toro huía en cuanto se acercaban? Además la concurrencia unánimemente se oponía á la ejecución de ella. Carvajal pudo prenderle un par, no sin que el público de sol le hubiese arrojado naranjas, cáscaras y algunas piedras.

Por el lado de sombra comenzaron á caer al ruedo algunos trozos de madera arrancados de los asientos numerados de junto á las lumbreras, se tocó á muerte, y fué tal la exaltación del público, que Hermosilla, desde el ruedo, debajo del palco presidencial, consultó qué debería hacer. El regidor revocó su orden, en el sentido de que el toro fuera muerto con la puntilla, lo cual se llevó á efecto, aplacándose un tanto el público.

Pero salió el cuarto, igual ó peor que sus hermanos, y entonces la indignación popular se desbordó, corrió la gente á las gradas á guarecerse en las lumbreras, y comenzaron á volar por el aire estrellándose en el ruedo ó en la barrera, sillas,

brazos de asientos, pedazos de barandilla, tablas y cuanto se tuvo á las manos.

Los picadores pusieron pies en polvorosa.

Hermosilla y sus chicos salieron del callejón por el agujero de las banderillas.

Unos bueyes salieron al ruedo para llevarse al manso; pero como nadie los arreaba, se quedaron dueños del campo en tanto que en torno de ellos la tempestad aumentaba.

Muchas familias y varones pacíficos abandonaron la plaza. El Regidor mandó tocar fagüta, y procuraba con sus ademanes calmar la agitación. La policía, usando de prudencia, se limitaba á suplicar la ídem, prometiendo que todo se arreglaría.

¿Pero quién detiene en el aire á la roca que se desploma?

A las sillas, y á los pepueños trozos de madera sucedieron las puertas de los palcos, las tablas del piso de las gradas, los tabloncillos que dividen las lumbreras y aun grandes tramos de gradas desclavados y arrancados de su sitio por el esfuerzo combinado de muchos brazos.

Los barandales de los palcos crujían á fuerza de patadas, y luego rodaban con estrépito.

Y mientras tanto, ¿lo creerán nuestros lectores? la música del Momoluco tocaba tranquilamente la marcha de Cádiz ó el vals *Sobre las olas*.

¡Qué irrisión!

Hubo un momento en que el tumulto calmó.

Un gendarme, primero en las gradas de sombra y después en el ruedo, enseñó al público un letrero manuscrito que decía: *Se devuelven las entradas*; pero á poco volvió á encenderse la agitación. Cayeron las pocas sillas que quedaban en sus puestos y parte del barandal de la azotea; las paredes de madera crujían á la fuerza de los golpes, y aun las sillas del palco presidencial fueron rotas contra el piso ó contra aquel armazón deteriorado.

Por el lado del sol, á falta de objetos que arrojar, destrozaron grandes tramos de gradería y las paredes de las lumbreras; así es que el campo y el espacio se veían perfectamente á través de aquel esqueleto de madera.

El espectáculo era imponente; por donde quiera la multitud destruyéndolo todo y arrojando á la barrera y al redondel grandes y pequeños objetos, la policía recorriendo las gradas y procurando calmar el escándalo con términos prudentes y corteses; los soldados tranquilos en sus puestos y la música tocando.

Poco á poco se fué calmando el tumulto; la gente abandonó el circo, lanzando aún los más exaltados, alguno que otro grito, y las últimas luces de la tarde alumbraron aquel sitio, ya tranquilo, pero lleno de escombros.

III.

Han pasado algunos días del suceso, y, por lo tanto, con más sangre fría y con más conocimiento de antecedentes, podemos apreciar sus peripecias.

La empresa de la plaza del Paseo mandó algunos días antes de la corrida á un dependiente que comprara los toros en la ganadería del Fortín. El dependiente los ajustó y Hermosilla llegó cuando la operación estaba consumada; pidió el diestro que se le permitiera calarlos, á lo cual el dueño no accedió, alegando que sus toros los vendía sin ese requisito, como había vendido los que se embarcaron para la Habana últimamente, para que fueran lidiados por la cuadrilla de Ponciano Díaz; pero que él, el ganadero, garantizaba su juego.

Hermosilla, pues, debió protestar contra la nota que apareció en los programas, respecto á que él había elegido las reses; ¿fué confianza, debilidad ó apatía lo que le obligó á callarse, autorizando con su silencio aquella nota? No lo sabemos; pero tanto la empresa por adquirir toros que suponemos costarían muy baratos, como Hermosilla que no protestó contra la aseveración del anuncio, ambos resultan con su parte de culpabilidad.

Porque hay ocasiones en que las apariencias engañan y se puede creer que resulten buenos los toros de regular alzada, de bonita lámina y de buenas carnes; pero los que vimos el domingo, chicos, flacos, playeros y huídos no se prestaban á la duda.

Disculpamos al pueblo, que al sentirse burlado, dejó desbordar su cólera, como una dura lección para los culpables. La acción en sí misma nos desagradó, nos repugna, como debe sucederle á todo aquél que ve una escena violenta, un acto de exaltación; pero al considerar que esto proviene de un abuso y que la muchedumbre ejercita el derecho de las represalias, convenimos en que tiene razón al no permitir que se le convierta en juguete.

Por otra parte, alabamos su buen juicio en medio de aquel desorden, pues no dió motivo para que se lamentaran desgracias personales.

La policía y la fuerza armada también se mantuvieron en los límites de la cordura, pues quizá algún acto de energía en aquellos momentos hubiera sido de fatales consecuencias.

El señor Regidor se encontró entre la espada y la pared: entre el público, que pedía fuera vuelto al chiquero el tercer toro, como los dos primeros, y el Reglamento, que previene que sólo haya dos toros de reserva, y que á los demás que no entren á varas se les apliquen banderillas de fuego.

Sin embargo, al ordenar la muerte de ese bicho por medio de la puntilla, nos parece que estuvo desacertado.

¿Acaso iba el público á ver morir de esa manera los toros?

La corrida debió suspenderse en ese momento (si es que ya no había más reserva), devolviendo las entradas y multando á la empresa.

La lección, pues, ha sido dura, pero necesaria. ¡Ojalá sea la última que tengamos que presenciar en nuestros redondeles!

Ella nos ha hecho comprender la necesidad de una reforma en el Reglamento.

Cuando el público sepa que hay un fuerte correctivo para las empresas que abusan y que la autoridad lo aplica con energía, estamos convencidos de que no tomará justicia por su mano, como lo hizo en la malhadada tarde del último domingo.

TOROS EN SANTANDER

Corrida cómica trágica verificada el día 4 de Agosto de 1889.

A Lagartijo.

Maestro, á ver la verdad fué ayer tarde al redondel todita la vecindad; porque usted aquí, Rafael, tiene popularidad.

Le llama á usted el pueblo entero, cuando su fe se desborda, gran Califa, gran torero, monstruo, Rafael primero, Pontífice y *Sursum Corda*.

Por verle entre los pitones de un toro con los zarcillos, hay muchísimos varones que venden los pan alones y asisten en cañonci los.

En fin, que está usted de *non*, sin que esto adm ta ya dudas, aquí en esta población, donde las muchachas son, fíjese, pistonadas.

Yo, Rafael, no protesto ni con calor ni con frío contra ese delirio honesto; pero si no echa usted el resto, ¡que le elogie á usted su tío!

En cambio, si veo que con vergüenza nos portamos al entrar al volapié, le voy á poner á usted como un domingo de Ramos

Sabe usted perfectamente que yo siempre he sido así, y lo prueba plenamente el episodio siguiente, que no me se olvida á mí.

Un día que, con razón,
le traté en una revista
con desconsideración,
le dijo á usted un adúlón:
—No hagas caso, es frascuelista.

Y usted con alma sincera,
que buenos ejemplos da
de modestia verdadera,
dijo: —«Zerá lo que quiera,
pero too esto es verdá!»

Pues mire usted, desde el día
en que supe en Portolín
que usted eso dicho habla,
le tengo á usted simpatía;
¡por supuesto, con buen fin!

Pero que sepa usted anheló,
que ni aquí ni en la Zurriola
ser yo partidario suelo
ni de usted, ni de Frascuelo,
ni del niño de la Bola!

A mi lealtad atenido
y con la fe á buen recaudo,
nada doy ni nada pido.
¡Toreáis bien? ¡Sus aplaudo!
¡Toreáis mal? ¡Sus divido!

Conque ea, Rafael, basta
de cumplimientos, que aquí
me revienta el que los gasta.
¡Y expresiones á Sagasta
si es que pregunta por mí!

Compliendo este deber de cortesía
con Rafael Molina, Lagartijo,
para que vean sus apasionados
que soy un señorito,
las gafas me afianzo en las orejas
para ver con los vidrios
los palcos treinta y cinco y treinta ocho
que, como hay Dios, no tienen desperdicio.
Al ver aquellas jembras con mantillas
poniendo en conmoción á todo Cristo,
no se comprende que las españolas
hayan arrinconado ese atavío
para ponerse tiestos con espárragos,
alcachofas, guisantes y pepinos,
ó esas monteras que, acabando en punta,
hacen feos los rostros más bonitos.
Recorriendo los palcos con la vista,
veo en uno al perfinelito
revistero de toros Joaquín Mazas,
ilustre bilbaíno
que en *El Globo* ganó fama justísima
de *Alguacil* peritísimo,
y en otro palco veo la redonda
cabeza de un presbítero
cuya presencia allí yo no censuro,
como Vicente lo hizo,
porque es muy natural y conveniente,
por si resulta un picador herido,
que haya en la plaza á prevención un cura
¡para sustituirlo!
El cielo estaba de color ceniza
como anunciando cisco,
cuando don Peñalver entró en su palco
con aire de ministro.
Salió después luciendo su donaire
la estatua ecuestre de *Felipe Quinto*,
y luego la cuadrilla á cuyo frente
marchaban Rafael y el Torerito,
todo al compás de un aire que tocaba
la banda musical del Municipio,
la cual fué á amenizar el espectáculo
con patrióticos himnos.
Conque al ver que se abría ya la puerta
por donde salen los señores bichos,
nos persignamos las personas dignas
y de buenos principios.

Vida alegre y muerte triste.

Salió á la arena el primer toro, colorado obscuro,
albardado, con bragas, de libras, bien armado,
y con el núm. 10 en el faldón del impermeable.

Empezó tomando dos varas de refilón de los picadores de tanda.

Luego acometió tres veces á Juan de los Gallos,
derribándole en dos; al quite Lagartijo con palmas
dadas en el testuz, recortes ceñidos y otras florituras.

Pepe Calderón, en el momento que estaba citan-

do al toro, sufrió un porrazo tremendo por haberse
sele desmayado el potro que montaba.

Y gritó con voz de heraldo
detrás de mí Soledad:
—¡A ver, que le den un caldo,
porque eso es debilidad!

Después acometió dos veces al mismo Calderón,
derribándole en ambas con poder; al quite el Torerito.

Campillo, que estaba de reserva, puso una vara
cayendo; al quite, el primero de la dinastía de Córdoba.

Y se acabó la primera parte.

La segunda estuvo á cargo del infante don Juan
Molina y de Boabdil el Chico.

Digo, no; donde dice Boabdil, léase Manene.

El primero, que vestía de color de cucaracha
soltera, puso un par al cuarteo archisuperior, y
después otro desigual, preparándose él mismo
el toro.

Manene cumplió nada más con un par que casi
resultó á la media vuelta.

Y se acabó la segunda parte.

De la tercera, encargado
estaba Rafael primero,
el gran Califa de Córdoba,
el Pontífice supremo,
que con gran solemnidad
echó un discurso soberbio
al señor Peñalver, sobre
la cuestión de presupuestos.

Vestía don Rafael un bonito terno verde obscuro,
con alamares de oro.

El buró se quedaba en los pases y desparramaba
la vista, queriendo coger.

Y como Lagartijo no quiso darle la lidia que el
toro necesitaba, se encargó su hermano Juan de
preparárselo con un capeo de filigrana pura que
era lo que había que ver y que aplaudir.

¡Vamos, que hubo quien le llamó monstruo, fenómeno y hasta pirámide!

Con eso Rafael pudo, después de pasarse una
vez sin herir, dar un pinchazo bien señalado sin
soltar y un mete y saca bueno, tirándose desde los
Picos de Europa.

Después quiso descabellar y no pudo, hasta que
se echó el toro y le remató el puntillero al segundo golpe.

Juro á usted, Rafael, que me da pena

enmendarle la plana.

¿Quiere usted que le aplauda esa faena?

¡Pues no me da la gana!

Ni chicha ni limoná.

Eso fué el segundo toro, que era retinto obscuro,
albardado, con bragas, apretado de cuerna y
empadronado con el núm. 16.

Pepe Calderón le puso una vara al pasar, otra
baja y otra en las costillas, por la que fué ovacionado
con una silba de esas que sólo se tributan á
Cánovas los días de fiesta. En cambio enmendó el
lapsus con un puyazo superior de los de castigo, y
obtuvo muchas palmas.

Fué en verdad un puyazo

tan vigoroso,

que hasta una costurera

le llamó hermoso;

y con las dos patillas

su faz parece

una H con borrones

entre paréntesis.

Juan de los Gallos puso una vara de refilón y luego
tres buenas, cayendo en una.

Lo cual que el caballo cojeaba, y dijo uno:

—Hombre, que lo lleven á las Caldas, que debe
de ser reuma articular.

Eusebio puso un par desigual al cuarteo y un par
bueno después, lo mismo.

Y el Cerrajero un par magnífico cuadrando. ¡Olé
la emulación!

Y ahí está el Torerito,
que sale con un terno muy bonito

azul marino y oro,
lo cual que al verle el toro
se le queda mirando de hito en hito.

Auxiliado por Juan Molina, que hace prodigios
con el capote, entusiasmando á todo el país, el Torerito
pasa al toro con la muleta regularmente y
con brevedad.

Después de cuadrado el cornúpeto, se tira á matar
el chico con ganas, y resulta una estocada en
la mismísima cruz y hasta la mano, rodando el
toro como una pelota á los pocos segundos.

¡Viva Rafael III!

El público, entusiasmado,
unánimemente á coro
pide que le den el toro
después de verle tumbado.
¡Qué calor! ¡Qué frenesí!
¡Parece que arde la esfera!
¡Pero ni un puro siquiera
ni para él... ni para mí!

Tuerto y burriciego.

Sí, señor, las dos faltas tenía el toro que salió
en tercer lugar.

Era negro zaino, bien armado, blando al hierro
pero de gran cabeza.

De Juan tomó dos varas, cayendo en una como
quien cae de la torre Eiffel; al quite Lagartijo, y
cayendo también en la otra, lo cual que echó el
potro por la herida toda la sangre que tenía en el
cuerpo en menos de un segundo.

Pepe Calderón puso una vara, cayendo sobre la
res y de esta al suelo, quedándose sentado al descuberto
á dos palmos de la cabeza del toro, que
se quedó contemplándole, sin arrancar, como á
una cosa rara; al quite Juan Molina en primer término,
y los matadores más tarde.

¡Ay, amigo don José,
picador de los valientes,
de buena se libró usted,
sin auda gracias á que
no tenía el toro lentes!

Taravilla, después de muchas salidas falsas, dejó
un par bueno al cuarteo y otro desigual lo mismo,
Y Pepín Torrijos medio par de cualquier modo.
No estaba el horno para ojaldres.

Rafael, sin trasteo, soltó media estocada bien
señalada, pero perpendicular, á paso de banderillas,
y un golleteo á la carrera.

¡Lagartijo, Lagartijo!
¡Mire usted cómo me afijo!

Sigue la guasa.

El toro cuarto era negro, bragado, de buena lámina,
bien armado y de libras.

Telillas picó tres veces abandonando en una el
pulpito, cayendo en otra, en la que dejó el palo
en el morrillo; al quite Juan Molina, y cayendo
también en la tercera.

A Manuel Calderón se le cayó el caballo antes
de salir el toro, y quedó muerto.

Según un mono sabio practicante,
murió de pulmonía fulminante.

El toro tomó de Manuel dos varas, cayendo en
una con gran exposición; al quite los dos Rafaeles,
que torearon á la limón, quedándose de rodillas
ante la res.

Palmas, aclamaciones, sombreros y panecillos
franceses; ¡vamos, el delirio!

Campillo perdió en la refriega dos potros, víctimas
de los pitones de la res, en tres varas que le
valieron al picador dos costaladas mayúsculas.

Por supuesto que le pusieron el morrillo al
toro los húsares, que parecía que ya estaba guisado
con tomates.

¡Qué zanjas en las costillas
atravesando la costra!
¡Para abrir alcantarillas
que les contrate Gallostra!

Y en mal hora se le ocurrió á Lagartijo la endemoniada
idea de parear al toro con el príncipe del Califato.

Este, menos mal, puso un par superior al cuarteo.

Pero el gran Califa se encontró ya con el toro quedado, y puso un par malísimo, después de adornarse mucho, que fué lo peor, y luego, para enmendarlo, colgó una banderilla en el morrillo y otra se la dió á un mono sabio para que se la pusiera al cadáver del toro como ofrenda piadosa.

Después Rafael tercero, tras de un trasteo movido, largó un pinchazo, tirándose desde cerca de Guarnizo; una estocada tendida después, y por finiquito, una buera sobre corto, y negocio concluido.

Síntomas de ciclón.

Apenas apareció por la puerta del chiquero el toro quinto, pidió el toro que le echaran al corral.

Era colorado claro, ojo de perdiz, cornalón y derrengado de los cuartos traseros por efecto de una cornada que tenía en el lado derecho y en la parte superior de los mismos.

La efervescencia popular se calmó al tomar el toro la primera vara de Telillas, sin consecuencias.

Manuel Calderón puso una vara, cayendo revuelto con el toro, y salió el picador cubierto de sangre de los pies á la cabeza.

¡Vamos, que parecía un Mefistófeles!

Campillo puso tres varas cayendo en dos y perdiendo el espárrago.

Manuel Calderón volvió á salir en un caballo, del que tuvo que apearse porque no quería andar,

Y una joven que le estima, le gritó con desparpajo:
—¡Que se coloque él encima y póngase usted debajo!

Telillas también tuvo que apearse porque al potrero le dió por bailar flamenco y no quería ir al toro.

Se quedó la plaza sin picadores como si se hubieran declarado en huelga.

Por fin Telillas brindó al tendido núm. 1 y puso una vara que le costó un porrazo monumental.

Entre el Cerrajero y Eusebio le colgaron al toro tres pares de perendengues, buenos los tres.

Y Rafael, que empezó pasando magistralmente, siendo digno de mención un pase en redondo magnífico, volviéndole el toro su hermano, que cada vez que mete el capote arranca un diluvio de palmas, tiró la monterilla y se arrancó á matar de lejos, resultando una estocada caída al lado contrario.

Después terminó la faena con un lucidísimo descabello.

Bueno, ¡viva Córdoba!

Otro tuerto.

Salió el sexto toro, que era retinto albardado, de muchas libras, cornialto, y tuerto del derecho por añadidura.

Este toro fué el que mató en el Escorial á un carpintero.

Es decir, un toro de antecedentes penales.

Además estaba acatarrado, porque tosía mucho. Y se promovió el gran escándalo.

El público pidió que le echaran al corral en imponente manifestación.

La Presidencia no sabía qué hacer.

Al cabo de dos semanas llamó á Rafael para conferenciar.

Unos gritaban que se multara á la Empresa.

Otros, que al inspector de carnes del Municipio.

—¡Esta es una corrida de tuertos!—gritaba un señor de gafas azules.

—¡Para el año que viene, será necesario que vaya á reconocer los toros el doctor Escobedo!—decía otro.

En fin, la mar de cosas.

Un cartel que apareció en la Presidencia decía que se había multado á la Empresa y que se lidiaría otro toro.

Se dió la orden de retirar al tuerto, y tardaron en salir los mansos cinco meses.

Mientras tanto, Lagartijo celebraba otra conferencia en la puerta del toril con varios diputados de la mayoría... del sol.

Al cabo de muchas fatigas se consiguió encerrar al toro.

Respiremos.

El acabóse.

Vuelven á sonar los timbales, y el encargado de abrir la puerta está echado en el suelo mirando al toril por debajo de la misma.

—¡Pero qué hace ese hombre?—dice uno.

—Está pidiendo comunicación á la central para hablar con el toro por teléfono,—le contestan.

Otra vez tocan los timbales, y el buholero santanderino abre la puerta del toril.

¡Jesucristo, la que se armó al ver el público salir un toro colorado obscuro y de libras, pero mógón de un cuerno y astillado del otro!

¡Aquello ya no se puede describir!

El Público.—¡Fuera, fuera! ¡Que nos devuelvan el dinero!

El Presidente.—¡Mil pesetas de multa al empresario!

El País.—¡No, no, que nos devuelvan el dinero de los billetes!

Nuevas conferencias, el escándalo va subiendo de punto, y el Presidente ordena por fin la retirada del toro.

Al cabo de siete días salió un cabestro.

—Vamos, vente conmigo,—le dijo al mógón.

—¡Que me vaya contigo, eh? ¡Toma! (Una cornada.)

—¡Bárbaro!

Un vaquero al manso.—Anda y llévate dentro.

El manso.—¡Cualquier día me vuelvo yo á acercar á ese tío!

Y así se pasa lo menos otro trimestre.

Por fin, el toro, á fuerza de razones, se convenció y se va por la puerta del chiquero.

El principio del fin.

Ya era de noche cuando el Presidente mandó tocar para que saliera otro toro.

Pero Rafael dijo que él no velaba, y se marchó con la cuadrilla.

Y me marché yo también sin presenciar el trágico desenlace de todos estos líos.

Responsabilidades.

Corresponden á la Empresa, porque había en el corral un toro de condiciones y debió dar orden de echarle á la plaza.

Corresponden al veedor, porque ha dado por útiles toros que no lo eran, como mandados retirar.

Corresponden á la Presidencia, por el tiempo que gastó en conferencias diplomáticas, sin tener en cuenta que la noche se venía encima, y además porque no supo conjurar el conflicto que tenía fácil solución, obligando á la Empresa á sacar el toro bueno que tenía encerrado.

Y corresponden á los que destrozaron la plaza sin consideración á las desgracias personales que pudieron ocurrir y sin razón ninguna, si es verdad que el Presidente había anunciado que se devolvería la sexta parte del precio de los billetes.

Por último.

Por lo mal que se ha portado en la corrida de ayer, le retiro el doctorado á don Mario Peñalver.

PEPE.

Madrid.—Ayer tampoco se celebró espectáculo taurino alguno en la Plaza de Toros de esta corte, y es muy posible que esto siga ocurriendo durante no pocos domingos, pues el expediente de subasta de nuestro circo taurino lleva trazas de no tener pronta terminación.

Y en tal caso, la Diputación tendría que administrar el circo.

Y si tal ocurriera, ¡pobre afición!

Reunion.—Para esta tarde á las tres están citados en el coliseo de Jovellanos los empresarios de todos los teatros de la corte, á fin de acordar si es conveniente suspender las representaciones teatrales hasta tanto desaparezca la enfermedad reinante.

Nuevo colega.—En Zaragoza verá la luz desde el 1.º del próximo Enero un nuevo periódico taurino, que llevará por título *La Tauromaquia cómica*.

Deseamos al nuevo cofrade larga vida y toda clase de prosperidades.

Valencia.—La comisión de ferias ha escrito á los espadas *Lagartijo*, *Espartero* y *Guerri* para las corridas que han de celebrarse en Julio próximo.

Habana.—El Gobernador general telegrafía al Ministro de Ultramar, con fecha 26 del corriente, lo que sigue:

«Las fiestas transcurrieron sin novedad y con gran animación, solemnizadas con una corrida de toros á beneficio de los inmigrantes, que ha producido unos tres mil pesos billetes.—*Salamanca*.»

Montevideo.—De la 2.ª corrida de la temporada verificada el 22 del corriente en la Plaza de la Unión de Montevideo, nos telegrafieron lo siguiente:

«Con un lleno completo se ha verificado en esta plaza la segunda corrida de las anunciadas.

Los tres toros del país y los tres de D. Felipe, de Pablo Romero, han dado juego.

Mazzantini, el *Tortero* y todo el personal de la cuadrilla, fueron muy aplaudidos.»

Cádiz.—Se prepara en esta ciudad una gran corrida de toros para el día en que se verifiquen los festejos en honor del insigne marino Sr. Peral.

Las reses serán estoqueadas por el espada Rafael Guerra (*Guerri*).

La Equidad

Sastrería de Tomás Trevijano

Sucesor de Sebastián Villalba.—Casa especial en corte y confección de trajes de curro.
Privilegio en pantalones y capas.

53—Calle Mayor—53

Interesantísimo.

Los dependientes que fueron de la Sastrería de D. Cristóbal Chadrado, Sres. Urosa y Lacalle, participan á su numerosa clientela haberse establecido en la calle de Atocha, núm. 6, frente al Banco de España, donde ofrecen la mejor colección de géneros del país y extranjero, así como la más esmerada confección de toda clase de prendas.

Inmenso surtido en punto para pantalones *colant* y otros, así como en géneros para trajes de corto y de torear.

MADRID: Imp. de EL TOREO, Espíritu Santo, 18.
Teléfono 1.018.